

## LA REPATRIACIÓN

La república de los Estados Unidos, esa nación que, alardeando de sentimientos de humanidad, llenaba el mundo con sus clamores exagerando las desgracias que causaba la reconcentración exigida por las necesidades de una guerra sostenida y estimulada por las codicias yankees no tiene hoy un sentimiento de generosidad ni de compasión para esos infelices soldados enfermos ó heridos que se embarcan precipitadamente para responder á las exigencias de la repatriación apresurada y violenta que nos imponen nuestros implacables enemigos.

y director de la Comedia francesa publicó en *Le Journal*:

„El mar arroja á la pobre España sus soldados, como después de una tempestad arroja á la orilla los restos del naufragio.

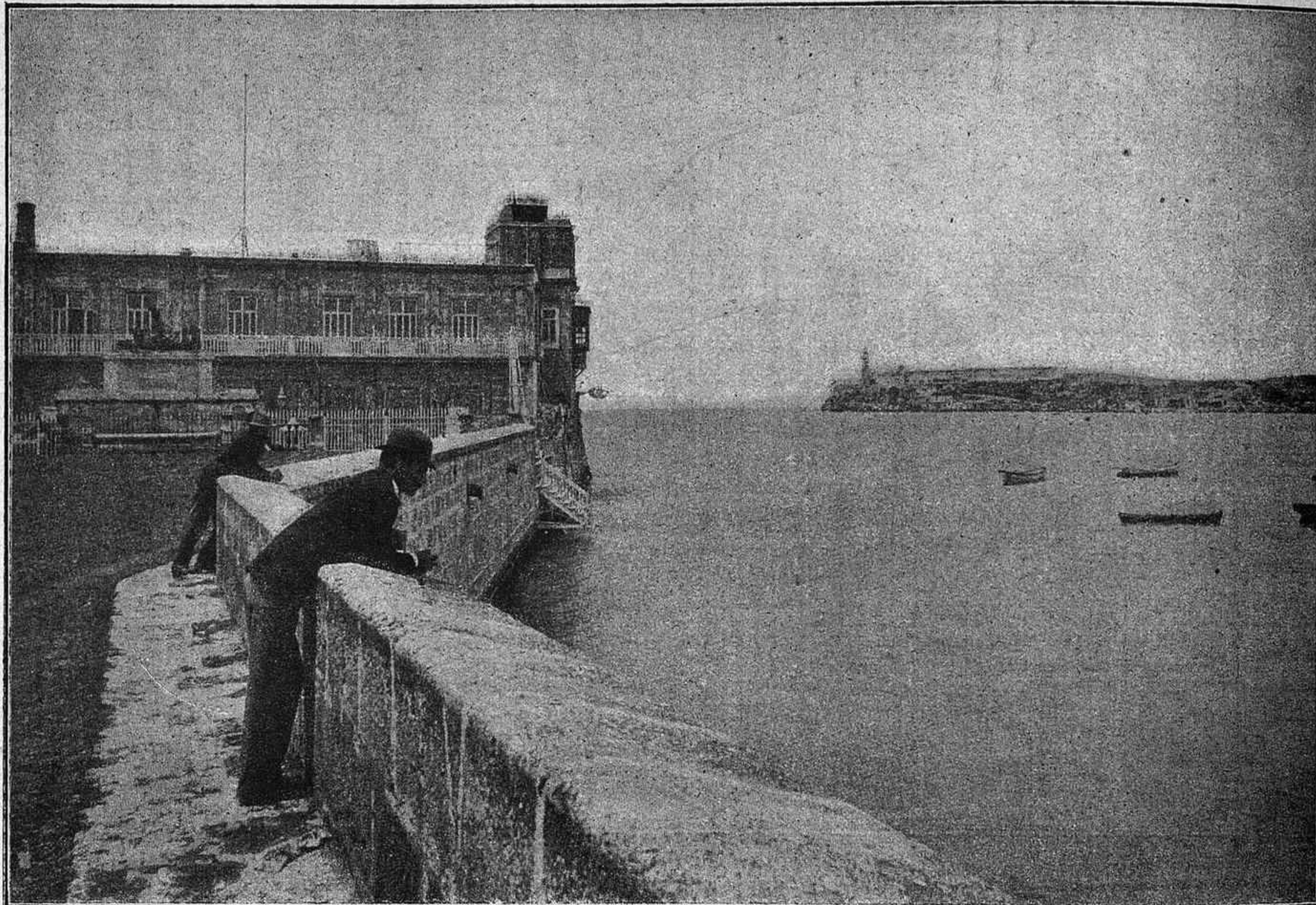
„Pero estos repatriados que llevan alta la frente y el corazón sereno, son siempre bravos; saben morir, como sabían seguir combatiendo. Acabo de verlos. La lluvia ha retenido á bordo á los batallones que los habitantes de Vigo querían aclamar y darles gracias por su abnegación; el reconocimiento de un pueblo á sus soldados no se mide por la buena ó mala fortuna de éstos.

„He tomado un bote y he ido, gracias á la amabilidad de un oficial que manda el batallón del Principado de Asturias, á bordo del barco.

esqueleto. Un enfermero fricciona á uno de ellos, de una delgadez siniestra, con las piernas fuera de la cama y cuyas rodillas parecen cráneos de niño, y mientras que el enfermero frotaba estas rodillas, cuyos huesos agujerean la piel, el enfermo se lleva á la cabeza una mano casi desecada, para acomodarse una venda que oculta el agujero de una bala.

„Estos son los desgraciados que los americanos han hecho embarcar apresuradamente, diciéndoles: ¡*Evacuad!*

„Ante la puerta del antiguo convento, convertido en hospital, montones de cajas apiladas, llenas de hilas y medicamentos, muestran este rótulo: *Cruz Roja italiana*. Los latinos de allá envían su óbolo á los de aquí.



Entrada del puerto de la Habana. (De fotografía.)

Parecía natural que, puesto que España depone sus armas y sus derechos en la soberanía en favor de la independencia de Cuba, no estremaran los yankees sus imposiciones en cuanto se relacionara con esa Isla, y que la nación que ha vivido allí cuatro siglos había de encontrar asilo en el regazo de sus hijos para que no se acibararan las últimas horas de las nobles y heroicas víctimas que agonizan en los hospitales.

Pero tenían razón, por lo visto, los que nos señalaban á los yankees como un pueblo egoísta y desprovisto de toda sensibilidad moral.

El espectáculo que ofrecen esas urnas funerarias que atraviesan el Occéano dejando una estela de cadáveres, clama al cielo y despierta en Europa un sentimiento de horror y de aversión hacia el pueblo americano, que así entiende y practica los deberes de humanidad.

Toda la Prensa de Europa se ocupa de esa monstruosa iniquidad, y con gusto reproducimos algunos párrafos del artículo que el gran literato

„Una hora antes había visitado, cerca de la Tabacalera, el Hospital militar en que son recogidos los enfermos. Es un viejo convento ó claustro de columnas rebajadas y de paredes enjalbegadas, hostile en el exterior, con sus espesos muros, ornados de escudos, con una imagen de santo esculpida en piedra, con ventanas con reja de hierro, desde las cuales en 1809 se disparaba sobre los franceses, y con un interior pintoresco, en cuyo jardín las flores mezclan sus aromas con el olor del ácido fénico. ¡Qué de pobres muchachos en los lechos de este Hospital militar! Una simple mirada llena el corazón de piedad. Terrosos, amarillos, moribundos, sin hablar palabra, los repatriados que han venido á demandar un asilo, quizá una sepultura, á su Patria, yacen allí extendidos, contemplando con sus grandes ojos negros, muy tristes, pero no asombrados ni doloridos, antes bien, indiferentes ó resignados.

„Hay allí cuerpos humanos que tienen ya las *fa-ces* cadavéricas; miembros que parecen los de un

„Salgo con el corazón encogido de esas salas, por lo demás en buen orden y en las que los enfermeros velan fraternalmente. Y voy á ver, después de los moribundos, á los vivos. Cae la lluvia, que atraviesa mis ropas; pero sobre el mar acribillado por los huecos que sobre su superficie produce al caer, me apresuro á llegar al enorme buque á cuyo bordo se hallan tantos valientes, tanta abnegación inutilizada, tantos dolores morales, tantos males físicos. El *San Francisco* crece, crece á medida que el *marinero* de diez y siete años que maneja los remos, mientras yo voy al timón, se aproxima hacia allá; veo ya sus costados negros, con rayas amarillas y de color de cobre, y como un friso humano, á lo largo de la borda una línea de cabezas pálidas, curtidas, varoniles y melancólicas, que miran hacia Vigo, cuya silueta y las casas blancas con tonos color de rosa, y las calles en escalera, y las dos torres de la catedral, y el aspecto sonriente, á pesar de la lluvia, descansan sobre el velado horizonte. Contemplan tam-